



Reseña:

**Silvio Mattoni *Camino de Agua.*
Lugares, Música, experiencia. Buenos Aires:
El cuenco de Plata, 2013.**

Literatura, raíz, lágrima. El ensayo como forma de diálogo.

Silvana Santucci ¹

Con la reedición de algunos de sus reparos frente al simbolismo y con una nueva apuesta que refuerza sus interrogantes justicieros (“¿es el ensayo la forma suprema de dialogar con la literatura?”), Silvio Mattoni publica a fines de 2013 y por la editorial *El Cuenco de Plata*, su segundo libro ganador del *Primer Premio de Ensayo* del Fondo Nacional de las Artes. Si algo cabe apuntar a un texto que reúne un cúmulo de lecturas sobre literaturas del siglo XX es que la poesía argentina contemporánea y algunos de sus bordes, encuentran en la palabra ensayística de Mattoni su doble e irrestricta inscripción. A la luz de *La sabiduría Griega* (1995) de Giorgio Colli, el lenguaje del libro se asume como la suma de acciones refractarias dispuestas en un simulacro que se expande, también, a la lectura. Mattoni deja entrever que las palabras en el interior del libro pueden, copiosamente, comprenderse como más reales que la voz del que espera oír algo en ellas. De esta manera, el libro se muestra configurado en un doble juego de

¹ **Silvana Santucci** es Licenciada en Letras egresada de la Universidad Nacional del Litoral. Cursa el Doctorado en Letras en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) con una beca del CONICET. Su investigación indaga la obra Severo Sarduy. Contacto: silvanasantucci@gmail.com

percepción entre el sentir y la escucha: “el espejo y el libro, el mundo y su recuerdo no pueden separarse bajo la amenaza incierta de una mayor o menor realidad” (Mattoni *Camino* 63), apunta.

Camino de Agua se inicia con un prólogo breve escrito por el propio autor. Allí se exponen algunas dudas y se advierte la presencia de éste, como un libro pensado “casi” toponímicamente: “el primer epígrafe de este libro se iba a titular *La raíz de la lágrima* producto de la ‘intensidad autorizada’ de Juan L. Ortiz” (9). Sin embargo, atento a la figura del “Ángel de lo extraño” de Poe, cuestiona los límites que impone el lenguaje (de los símbolos) a la hora de expresar ideas (en figuras): “siempre puede caerse en el grotesco o en el kitsch” (9) arguye, defendiendo la final elección de sus “materiales” para el ensayo.

A la vez, interesada en surcar los límites del espacio literario, es decir, “el lugar fijado por cada nombre” (11), la escritura de *Camino de Agua* fluye por tres grandes ejes que componen su apuesta teórica y temática: “Lugares, Música y Experiencia”.

La primera de estas secciones retoma una cuestión en apariencia “perimida”: la influencia del paisaje en la poesía, entendido ya no como la incidencia del artefacto conceptual diseñado por el romanticismo, sino precisado como el espacio literario que desplaza sus efectos de presencia en el lenguaje poético. De esta manera, la pregunta: “¿Tiene la poesía alguna relación, por más imaginaria que fuese, con el territorio en que se produjo?” (15), es recuperada desde sus trabajos anteriores, como una voz que repite con insistencia la conjetura del retorno en la estructura del diálogo. Un eco ante la posible anulación silenciosa de la escucha.²

En el ensayo titulado “La denegación del territorio” Mattoni retoma la inscripción del espacio en las poesías de Ricardo Zelarayán, Alberto Laiseca y Juan José Saer. Reconoce en ellas las voces de un paisaje indetectable que se niega a imitar simplemente la “Zona” porque: “ésta no existía antes, debe hacerse

² Nos referimos a *Para el cielo estrellado. Temas de poesía Argentina*. Córdoba: Alción, 2011, última compilación de Mattoni. Allí aparece prefigurado este interrogante y se diseñan algunas respuestas alternativas.

con palabras” (29). De esta manera, la pregunta por el lugar donde se escribe lo lleva a interrogarse por el “verdadero” fundamento de toda “obsesión”: “¿por qué pensar ese lugar y no otro? ¿por qué haber nacido en un lugar, por qué ser el que se es?” (18). *Lugares* conlleva, en definitiva, la insistencia sobre lo que el azaroso lugar natal puede y proyecta sobre la voz. La escritura, concebida en estos términos, no remite a ningún lugar legible. Por el contrario, su lógica solamente nos aproxima a la muerte, nos acerca a su sensación, puesto que: “se sabe que la muerte no es más que un concepto y no hay experiencia de la muerte porque ésta acaba con el que la realiza” (46).

El segundo de los ensayos, “Hegel, Saer, Ortíz”, asume al espacio literario como representación, es decir, como la trama por la que un escritor hace circular sus fantasmas en un “aquí” y un “ahora” (31). Allí reactualiza las convicciones de su apuesta literaria bajo los marcos de una condensada creencia racionalista:

La verdad del poema no es una adecuación de las palabras a los fantasmas de las cosas, sino la mayor ampliación posible de una eficacia (...) la potencia del lenguaje actuando sobre el destino de cada uno. (60)

El resto de los ensayos que componen el eje *Lugares* se titulan: “Arnaldo Calveyra, Gramática para una reencarnación”, “Ortíz y el idioma originario” y “Escribir al borde de La Pampa”. Aunque de modo disperso, en todo el libro se observa un incremento del tono personal y una prodigalidad en las anécdotas; rasgo habitual en la poesía de Mattoni. Sin embargo, este ejercicio de autorreferencialidad en buena parte del libro de ensayos resulta novedoso. “Escribir al borde de La Pampa” es, quizá, con un tono relajado y con un número de referencias indeterminadas (como “alguien decía” o “un amigo me contó”) uno de los textos en que más intensamente Mattoni ensaya el goteo de un registro que circula, por momentos, sobre un tono burlón y por otros, sufriente. Su tema: la dimensión del lugar. Dicho de otro modo, las sierras frente a la pampa, los poemas-yuyos frente a los *poemas urbanos* y el presente de una voz poética “increada” que, en términos del crítico, significa: “Una voz que se determina a sí

misma y que por eso le da una razón de ser a la determinación que antes no era nada” (77).

La segunda y la tercera parte del libro despliegan una visión de la lectura de la literatura como actividad atendible en el territorio de las “experiencias sensibles”. *Sentir* -nos dice- “en el diccionario de la lengua quiere decir también *escuchar*” (84). Por ello, en este apartado Mattoni retoma “aleatoriamente” (84) es decir, según sus “intereses”, algunas manifestaciones musicales del siglo XX y las cruza con una (su) sensibilidad para leer literatura. Los tres ensayos reunidos en la segunda sección son: “Barthes y yo”, “Lo nuevo” y “La infinita divisibilidad del agua”. En ellos circula por algunos de los gustos musicales de Barthes, por el recuerdo de las lecciones escolares de latín en su infancia, por la actualización de las “habladurías” de Sócrates armadas por Satie, por Wagner, por Mahler, por el *Water Walk* de John Cage y por las huellas escritas en *El agua* de Francis Ponge.³ Para Mattoni algunas experiencias musicales posibilitan “lo que ningún lenguaje sobre el lenguaje alcanza a objetivar” (84) y repiten, como en toda lección, “algo que se ha leído pero sólo para confirmar que la repetición es imposible” (86).

Finalmente, el libro se cierra con una amplia sección de ensayos enmarcados bajo el núcleo que separa y evoca los puntos de intensidad en “una vida cualquiera”: la *Experiencia*. Para Mattoni esta sección en la que “acaso podría entrar toda la literatura” (11) reconoce la posibilidad de que la vida pueda continuarse en la escritura. ¿Se escribe para la muerte o se escribe para no morir? Los ensayos reunidos en el último apartado: “Macedonio Fernández: una incesante imposibilidad”, “Paso a paso la Muerte”, “El exceso sublime del yo” y “El amor como servidumbre voluntaria” ilustran los lugares en que la escritura se convierte en una razón de vida, un fraseo “vuelto hábito” (11), en un trazo de continuidad a la nada.

³ *El agua* es uno de los poemas del libro *De parte de las cosas* de Francis Ponge. Cabe destacar que Mattoni ha traducido y prologado textos de este autor: *Tentativa Oral*, Córdoba: Alción editora, 1995 y *Métodos: La práctica de la literatura, El vaso de agua y otros poemas-ensayo*, de Francis Ponge. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2000.

Similar al modo en el que Miguel Dalmaroni admite que es posible en los libros tocar *algo* que ya no sea “mero fetichismo”, sino algo que roza “ese elocuente espesor mudo de los cuerpos de las cosas” (Dalmaroni “Algo más” 4), Mattoni aborda en sus ensayos la vía predilecta –suprema, insiste– para dialogar con la literatura: volverse literatura. *Camino de Agua* es un libro delicado, hecho de fragmentos unidos por una sutileza que no deja leer el corte, ni las líneas de la confección. Más bien se parece a un bordado, todo ornamento.

El cuestionamiento observable de la naturaleza como territorio de adscripción de la literatura se metaboliza en los límites del poder del ensayo, ¿es posible que un paseo entre las plantas habilite la escucha del llanto secreto entre ellas? *Camino de agua* recorre la ficción que poetiza el acceso a la verdad de las cosas en la literatura. No habla sobre ella. La escritura de Mattoni se diluye entre el azar y la necesidad crítica del ensayo como forma de forjar el intercambio con la experiencia literaria, el acceso a los dioses y el posible revocamiento de los destinos. “El duelo, la poesía de luto, la muerte propia, su inscripción inaccesible, el estilo, la dicción de un yo paradójicamente singular, el amor y su sometimiento orgulloso” (11) definen los cauces en los que físicamente esta apuesta ensayística se determina para seguir fluyendo.

Bibliografía

Dalmaroni, Miguel. “Algo más sobre el *lector común*”. *Bazar americano* N° 44 Año XI (2013): <http://www.bazaramericano.com/columnas.php?cod=85&pdf=si>. Consultado por última vez el 14 de febrero de 2014